

## RECORDANDO A ENRIC BOADA

Por Ramón Marpons Colomer

**M**is recuerdos vienen de muy lejos, de cuando con 23 años fui a vivir a Barcelona ciudad; venía de un pueblo de 4.000 habitantes y estaba descubriendo un mundo diverso, apasionante, con unas posibilidades insospechadas.

Y apareció Enric en mi vida, a través de una charla que dio: fue un encuentro de formación para jóvenes (él tendría unos 40 años). Con su increíble biografía, su vehemencia, nos empujaba a descubrir por nosotros mismos, a investigar, poniendo en cuestión todo lo aprendido y abriéndonos a nuevas posibilidades, a nuevas filosofías de vida, a nuevas formas de entender la existencia. En la sociedad española de entonces todo estaba por hacer, todo era tabú: la libertad de pensamiento, de religión, de opciones políticas, de opciones afectivas...

Perdí el contacto con él unos cuantos años, hasta que a raíz de un problema de salud que tuve, lo volví a encontrar, ahora en su actividad de profesor de yoga, que no dejaría ya hasta unas pocas semanas antes de morir, con 87 años, lúcido hasta el final. Con él y con su pareja Uma di mis primeros pasos en el yoga, hasta que acabó siendo mi profesión; pero el yoga ha sido mucho más que mi profesión, pues me ha dado elementos para profundizar en lo que somos, personal y socialmente. Tuve ocasión de hablar a menudo con Enric, del que siempre aprendía; orientaba mis dudas, me informaba de las novedades que se daban en la ciudad (conferencias, espectáculos, etc.). Colaboró también con el equipo del Centro de yoga GUIA para la formación de profesores de yoga de la AEPY; fue mi maestro y también lo sentía como un amigo, una gran suerte en todo caso.

Su amplia visión no excluía nada que pudiera tener relación con el pleno desarrollo humano; por eso no se le puede clasificar en ninguna escuela concreta del mundo del yoga, pues también ejercía de maestro de meditación Zen, por ejemplo. Todas las aportaciones pueden ser importantes si se adaptan, si pueden ayudar a los hombres y mujeres de hoy, del siglo XXI. Sus clases eran muy estimulantes, con técnicas variadas, con propuestas y comentarios que obligaban a tomarse en serio el trabajo de superación personal; no es posible olvidar su timbre de voz, su carisma.

Quizás porque se interesó por la VIDA en su conjunto, dedicó también mucho tiempo a investigar sobre el porqué del sufrimiento humano y de la violencia siempre presente: guerras, esclavitud, marginación, hambre... y no se contentó con el “siempre ha sido así”. ¿Y por qué no ha de poder ser de otra manera? Nos interrogaba, apelando a nuestra capacidad de discernir, de imaginar, de recrear un mundo donde la vida en general y la humana en particular se pudiera manifestar con todo su esplendor.

No es casual que su primer libro se titulara “Cuando morir sea una fiesta”. Y tampoco lo es que su segundo libro, que pudo presentar poco antes de morir, se titule “¿Imbéciles para siempre?”, donde hace referencia al llamado “cambio climático”, aunque clasificándolo de “catástrofe climática”, que estamos generando sin freno. En definitiva, Enric, siempre apeló al **crecimiento personal** como base para una **visión global** que nos ayude para la acción decidida hacia un cambio de paradigma, donde el interés particular no pueda estar nunca por encima del interés colectivo, superando así el egoísmo y las